la tinta en el fondo del mar
–apuntes–

bruno montané krebs

KRILLER71
EDICIONES

killer71 ediciones / Colección Mula Plateada #22
http://killer71ediciones.com
info@killer71ediciones.com

coordinación aníbal cristobo
asesor editorial fruela fernández

imagen de portada julio césar montané martí
isbn 978-84-128634-9-9
depósito legal B 19451-2025

© bruno montané krebs, 2025
© del prólogo, ignacio echevarría, 2025
© de esta edición, aníbal cristobo, 2025
Todos los derechos reservados.

Imprime Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Este producto está hecho de material proveniente de bosques certificados FSC® bien manejados, de materiales reciclados y de otras fuentes controladas.

la tinta en el fondo del mar
–apuntes–

bruno montané krebs

prólogo de ignacio echevarría

KRILLER71
EDICIONES

Una épica de la irresolución

«Hacia la nada: sin prisas y con amor» (B.M.)

Bruno sonríe apurado cuando le digo que, cumplidos los sesenta años, se ha convertido, inesperadamente, en un autor prolífico, casi un polígrafo. Se lo digo bromeando, claro está, pero la chanza no deja de tener su parte de verdad. En los últimos seis años, Bruno Montané (Valparaíso, Chile, 1957) ha publicado más libros que durante las cuatro décadas anteriores (considerando que despuntó como escritor en 1975, cuando, con apenas dieciocho años, publicó sus primeros poemas en una revista mexicana). Los libros recientes –una decena– no solo comprenden viejos y nuevos poemarios, traducciones y compilaciones de su ya larga y consolidada trayectoria como poeta; incluyen también una novela breve (*Efímera*, 2022), una colección de inclasificables prosas filosófico-poéticas (*Teorías*, 2024) y, ahora mismo, aquí mismo, un cuaderno de apuntes, género que Bruno, lector atento de Canetti, distingue netamente –téngase esto muy presente– de las máximas y los aforismos.

Tiene todo el sentido reparar, a la puerta de estos apuntes, en esta tardía proliferación libresca. Lo tiene en la medida en que la materia principal de estos apuntes la constituye el escrutinio de las dificultades, de los escrúpulos, de los reparos de todo tipo que para su autor entraña la sola pretensión de que la tarea de escribir consiga llegar a un buen fin.

Se habla aquí de «la necesidad activa de algunas frases suspendidas, consciente y materialmente inacabadas». Se asume que «muchas de estas notas comienzan a ser interesantes justo en el momento en que las interrumpo». Por algún lado se habla de «una *verdadera* poética de la inconclusión». Recuerdo haber empleado este mismo sintagma en la nota editorial que antepuse a la colección póstuma de relatos y fragmentos narrativos de Roberto Bolaño titulada *El secreto del mal* (2007). Decía allí que toda la narrativa de Bolaño, y no sólo *El secreto del mal*, parecía regida por «una poética de la inconclusión». Pero las razones que determinan esa poética serían, en el caso de Bolaño, radicalmente opuestas a las de Bruno. Pues la escritura de Bolaño –siempre impulsiva, velocísima, en su prosa lo mismo que en su poesía–, aun si se detiene al borde mismo del abismo, desconoce el vértigo que asedia a la de Bruno y que lo mueve a demorar una y otra vez –por pudor, por insatisfacción, por escepticismo– cualquier final. Como si el problema no residiera tanto en llevar la escritura a buen fin como en la perspectiva misma de poner fin a la escritura.

Dado que Bruno ha mostrado –con *Efímera*– puntas de narrador, propongo el siguiente ejercicio: leer estos apuntes como una especie de novela. Una novela al modo informal en que cabe considerar algunos libros de David Markson construidos, como éste, a golpe de anotaciones («itinerarios de citas»). El mismo Bruno sugiere, en un momento dado, ampliar el campo «topográfico» de sus apuntes y poner en juego «la vieja idea de que toda esta fragmentariedad pudiera contener los elementos de una novela "secreta"». Hablaríamos entonces no tanto de una poética de la inconclusión como de una épica de la irresolución o, más certeramente, de una épica de la postergación, de la procrastinación (término que el mismo Bruno invoca en más de una ocasión). Asistiríamos a la puesta en escena de una escritura que se demora y se consume en sus propios prolegómenos, una escritura cuya paciencia y lentitud

evocarían –encarnarían casi, en un *perpetuum mobile*– la paradoja de Aquiles y la tortuga.

Una escritura en constante *deliberación*, absorbida casi del todo por la propia conciencia de sí misma, por el permanente sondeamiento de su propia necesidad. Una escritura desentendida, en consecuencia, del imperativo de la productividad, aunque no, de ningún modo, más bien todo lo contrario, de la necesidad de *trabajar*. De hecho, *trabajar* es aquí «la metáfora central». Nada de inspiración: «debes estar atento a no caer en la dudosa dinámica de la espera; es decir, creer que hay algo más allá del hecho mismo de la escritura; es decir (*bis*) caer en la ingenuidad de que pueda existir algo distinto a, simplemente, trabajar».

Es importante tener esto último en cuenta para no dejarse confundir por las connotaciones asociadas a algunos de los conceptos a menudo traídos a colación en estas páginas: inconclusión, fragmentariedad, postergación, procrastinación, dispersión... El mismo Bruno reacciona bruscamente contra «la vanidad de la inspiración, del aleatorio y contradictorio azar»: «De repente, todo lo que escribo me parece sospechoso de una cierta pereza mental... Escribir, lo sabes, siempre tendría que ser otra cosa y sabes que en ello pones a prueba tu inteligencia o la mera posibilidad de que esta asome, como un destello que impulsa hacia delante aquello que consideramos "lo por decir"».

Que no nos muevan a engaño algunas fórmulas equívocas con que el mismo Bruno se refiere sarcásticamente a estos apuntes: «destellos mentales», «reverberaciones», «chispas del deseo de escribir», «nebulosa logócrata»... Riámonos de esa voz que sentencia con impostada severidad: «A sus apuntes, a sus pequeños trabajos los llamaba *balbuceantes epifanías*. En realidad, se trataba de *bagatelas*». Esa voz, por cierto, es una de las muchas que, convenientemente entrecomilladas, se trenzan ventrílocuamente con la del propio autor, quien, con magnífica ironía, se distancia así de sus pensamientos más crueles o dubitativos.

Ya se ha sugerido que el pudor tiene mucho que ver –tanto como el humor– con la feroz vena crítica que congestiona aquí la deseable fluidez de la escritura: «Crítica a la escritura, y crítica de la crítica a la escritura», se lee en un apunte que da cuenta del principio disolvente que amenaza sumir esa misma escritura en el silencio. «Rehuyendo toda obviedad logró llegar al silencio», declara con pitorreo otra de esas «voces» ya aludidas. Bruno se resiente de «esa maldita retórica del silencio» a que parece abocada su propia lucidez. «Escribo y cierto sentido de la humildad me empuja hacia el silencio», admite en otro apunte. El esfuerzo heroico de la escritura –tanto más heroico en cuanto esta se revela demasiado consciente de que «hay una impaciencia de las palabras que inevitablemente conduce al silencio»– consiste en resistirse a este empuje. Resistencia que en este caso, en el caso de Bruno, conlleva un esfuerzo extenuante, del que es testimonio «una escritura que solo da cuenta de su escasez».

Reparemos en la dimensión ética de esa resistencia. Bruno lo hace cuando, leyendo un libro de notas de Augusto Monterroso, se encuentra con esta frase de Jaroslav Seifert: «Si un escritor permanece silencioso está mintiendo». Tras leerla, se queda pensando si la frase obedece a «un exceso enfático o si tiene razón». Pero él mismo dictamina poco más adelante: «No hay resolución, no hay silencio; al menos mientras estemos *vivos*». Y, más adelante aún, concluye: «La ética de la escritura se sostiene como resistencia, pero sobre todo debe erigirse sobre las condiciones materiales y humanas que permiten su práctica, su incansable e infinito trabajo».

Las condiciones materiales. Bruno permanece muy atento a este aspecto tan a menudo desatendido de la escritura. Esas condiciones apelan tanto a las circunstancias en que se escribe como al procedimiento empleado para hacerlo. Conviene tener en cuenta, a este respecto, que Bruno se gana la vida como corrector de textos. En cierto modo, el trabajo de la escritura compite, en

su caso, con el trabajo de la lectura, de la escritura de los otros. Me importa subrayar este dato, al que el mismo Bruno se refiere muy explícitamente, como se refiere explícitamente a su propia faceta de lector aficionado, «ingenuo». Se trata aquí del otro lado del espejo frente al que la escritura trabaja, mirándose a sí misma. «Supongamos que la madurez del escritor radica en saber trabajar a ambos lados del espejo», anota Bruno con lucidez.

Y luego está la estricta materialidad del acto mismo de escribir, en este caso la derivada de la escritura manual, con pluma, sobre un cuaderno («para evitar la contemporánea y obsesiva profusión de escritura en archivos que, es lo más probable, se acaben perdiendo»). «El problema de las letras... es decir, de la caligrafía. Hay una deriva del tacto, la presión, el pulso, el necesario gesto; todo ello a través de los años». La cómica pretensión –un sueño– de que "«escribir bien sería hacerlo con buena letra». No en vano se acuerda Bruno de Mario Levrero y su «discurso vacío», imbuido de esa convicción.

He dicho ya que Bruno revela ser un lector atento –y bien aprovechado, añado ahora– de Elias Canetti, a quien evoca más de una vez en estos apuntes. Al presentarlos, no se me ocurre mayor elogio que el de afirmar con pleno convencimiento que muchos de estos apuntes resisten bien la comparación con aquellos en que el mismo Canetti reflexiona sobre la naturaleza de los suyos propios, de los que en cierto momento llega a decir que están «hechos de silencio derretido». Con Canetti comparte Bruno una misma susceptibilidad a las múltiples impostaciones, vicios, autocomplacencias, debilidades, logorreas que casi inevitablemente segrega la tarea misma de escribir; su oído permanece obsesivamente atento a «la filtración de las emociones en el texto», a tantas «recurrencias que una y otra vez se repiten, cantos desafinados por los empecinados *loros* de la muerte...». Contiene este cuaderno abundantes avisos a este respecto, casi siempre bajo la forma de severísimas reprimendas que el propio autor se da a sí mismo: «Ojo con la vanidad de la

inspiración, del aleatorio y contradictorio azar. Atención con el pensamiento repentista, a pesar de su anclaje con el generoso inconsciente. Este texto es una prueba de ello»...

El mismo Bruno, siempre irónico, invita a considerar estos apuntes «como un manual de instrucciones para una serie de actividades ininteligibles». Lo cierto es que nada de lo que cabe decir sobre ellos queda sin ser dicho por ellos mismos. No es raro que en uno de sus frecuentes desahogos autopunitivos, el autor se diga que «el prurito autoanalítico» ante su supuesta discontinuidad productiva lo tiene «hasta los mismísimos...». No puede ser menos cuando se constata una y otra vez que la voluntad de escribir se resuelve en «analizar los procesos propios previos a la escritura».

«Escribo porque no sé escribir», declara Bruno sin demasiado convencimiento. Y en otro momento se autodiagnostica certeramente en estos términos: «No soy un "enfermo de literatura", soy un enfermo de la posibilidad de la escritura...». Estos apuntes son la espléndida secuela de esa enfermedad. Su perspicacia analítica y crítica es asombrosamente exhaustiva e instructiva, sin dejar de resultar, a la vez, cómica y conmovedora.

Por lo demás, si bien vengo hablando en todo momento de «escritura», y si bien en el arco temporal comprendido por estos apuntes (2006-2022) Bruno ha trabajado también en una novela, *Efímera*, y en las *Teorías* publicadas en 2024, no cabe obviar que nos estamos refiriendo, antes que nada, a un poeta, y que es de la poesía, de la escritura poética, cualquiera sea la extensión que quiera darse a este concepto, de lo que aquí se trata sustancialmente. Toda la dramaturgia de estos apuntes se explica –como el propio Bruno sugiere en uno de ellos– desde una intensa vivencia de «la poesía como posibilidad y estado latentes», desde la fatalidad de «vivir en esa utopía como una trampa o un tibio abrazo». Imposible, por otro lado, evitar leerlos como el *making off* de una poesía –la del mismo Bruno– también altamente autoconsciente, autorreflexiva,

autocrítica, en cuyo marco florecen, a pesar de todo, la verdad y la belleza.

Pero he comenzado refiriéndome a los numerosos libros publicados por Bruno durante estos últimos años. Lo he hecho provocativamente, con el propósito de confrontar el dato con esa «improductividad» de la que estos apuntes hacen gala y dan razón. Estimo oportuno leerlos sobre el trasfondo de la –a pesar de todo– escasa bibliografía de su autor, constituida en su mayor parte por volúmenes delgados o muy delgados, apenas medio palmo de anaquel. Cobra así su justo relieve esa épica de la que he hablado, de la que esos volúmenes serían el pírrico y sin embargo admirable trofeo. Tanto más admirable en cuanto el autor experimenta como pocos «la incomodidad de publicar, el "raro" paso que da el texto, el desprendimiento, el distanciamiento, pero también la debilidad de un extraño modo de exhibición que, a pesar de todo, parece o se muestra como necesario».

¿Necesario para qué? Probablemente para, entre «ilusiones y fracasos», sustentar el esfuerzo de escribir, «el contradictorio deseo y necesidad de escritura, la conciencia del esencial lugar del trabajo; ese cuarteto de cámara, esa casi interminable sinfonía».

Ignacio Echevarría
Barcelona, agosto de 2025

Nota del autor

Los apuntes de este libro provienen de un cuaderno de la marca Miquel Rius y, tal como se indica al final de estos textos, los escribí entre el 28 de abril de 2006 y el 21 de junio de 2022. Su contenido se reproduce respetando el estricto orden de redacción, a la vez que evité la criba o selección, en una búsqueda de piezas que pudieran ser más brillantes que otras, y apenas realicé modificaciones, salvo los necesarios y habituales ajustes de edición. Insisto en lo más importante: aquí se pueden leer los apuntes de la totalidad de un cuaderno de 160 páginas y no hay más secreto que ese y tal es su espíritu: ofrecer mi experiencia bajo el firmamento de la escritura y en la esperanza de que su lectura pueda interesar a algunas personas.

Dieciséis años de ocurrencias, reflexiones al vuelo, leves y desasidas investigaciones, azarosos pensamientos... que constituyen un exiguo tramo de una escritura que practico –o perpetro– desde hace casi cincuenta años. También debo aclarar que antes y después del período de dieciséis años mencionado he escrito otras libretas y cuadernos: un cuaderno escrito entre 2004 y 2016 (190 pp.) y otro de mayo de 2016 hasta diciembre de 2020 (160 pp.), aparte de dos o tres pequeñas libretas que al redactar esta nota no he encontrado. Es decir, la escritura de esos apuntes se solapó con otros espacios donde escribí, llevando conmigo el cuaderno o la libreta de un sitio a otro, a veces incluso de un país a otro, siempre a la espera o aparición del destello de estas breves escrituras. Durante un tiempo llamé a estos fragmentos de escritura que aquí se presentan como el *cuaderno de fondo.*

Debo aclarar que las entradas entrecomilladas –salvo los pocos casos en que se ha introducido una cita y dado cuenta de su referencia– corresponden a leves extrañamientos del propio autor, quizá la búsqueda de otra voz o conciencia emisora del contenido en

cuestión. Las cifras entre corchetes remiten a la página y a la entrada, respectivamente; es decir, se trata de una leve y breve reflexión que remite a un fragmento anterior (y en algún caso posterior). Por último, al escribir estos apuntes a veces introduje una mutación del estado habitual de los puntos suspensivos y me sumergí en la claroscura necesidad de disponerlos en versión vertical [ ], como si se tratara de un goteo pluvial, una lenta sedimentación final o, quizá, solo unas silenciosas lágrimas.

Esta es pues una escritura dispersa y al sesgo, una huella que muestra una deriva o largo paseo por un estado que podríamos llamar *pretextual*, aunque la experiencia de su lectura quizá pueda sugerir o evidenciar otros rumbos e interpretaciones: un vestigio, una mancha de tinta en el fondo del mar de una conciencia que ha intentado escribir sobre las tensiones y la (im)posibilidad de la escritura.

Barcelona, agosto de 2025

la tinta en el fondo del mar

Los enigmas de la productividad, los secretos de la respuesta creativa.

Esos libros que creí importantes porque en ellos había –o percibía– intensidad. Pero esa avidez y curiosidad para leerlos sobre todo estaba llena de ternura.

A veces escogemos palabras a las que les adjudicamos un sentido conceptual o metafórico, luego nos damos cuenta de que se trataba de palabras que eran puro hueso, epidermis, pura vida.

Ojo, mucho cuidado con la siempre potencial diseminación de las huellas.

«Una mordacidad, un sentido crítico, unas grandes ganas de dejar las cosas claras, que, sin embargo, en el fondo no eran más que pura humildad, la entereza y la humildad de su largo trabajo».

Ver y prefigurar como un adivino que sólo atiende a la sangre del mundo.

Sobre lo que no hay discusión: el tiempo y la lucidez necesarias para...

«El gesto llamado "correcto" *encierra* (contiene) los pasados actos fallidos. Ese gesto no es ajeno a todo el espectro, a la gran tesitura de las equivocaciones».

No se trata más que de la demostración de una carencia, por ella la herida está abierta y las ratas corren por el sótano del castillo. Cargar de sentido y poetizar ese lento *dolor* parece ser la única salida ante el aturdimiento provocado por *lo real*.

La extraña complacencia de una voz que se siente tranquila porque sabe que será escuchada. La rara carga concentrada de la voz que intuye que no será oída. Un enfrentamiento con inclinaciones arquetípicas que constantemente se reproduce.

V. gr., la historia del pensamiento apunta a rupturas y discontinuidades propias de aquello que se ha llamado modernidad, y mal que nos pese, sigue siendo la época en la que vivimos.

(1-1, 1.ª remisión): ... los estigmas de la *ciega* productividad.

[El abismo de un cuaderno aún en blanco].

El espectro se diversifica. No obstante, es imprescindible saber que al *misterio* «no se juega».

Lo que hay que decir. Toda escritura es de por sí una huella. Que esta sea o no visible es un problema que pertenece a «otro orden de cosas».

Una escritura inmersa en una suerte de anonimato o clandestinidad *diferida*.

Creer que escribir es *presentar*... (imparable equívoco).

«Buena parte de mis problemas provienen de que aún no he escrito los poemas que aún no he llegado a imaginar...».

«Escribir-leer es *sentir*». «Sin duda parece una conclusión precipitada», dijo el inspector.

«Todo esto es puro cascajo, pero sé que sin esto *lo otro* jamás podría llegar a existir».

A veces me siento un poco avergonzado de mi emocionalidad y entusiasmo a la hora de escribir, es como si de repente tuviese un ataque analítico padecido por un monstruo que no ve bien con su único ojo.

«¡Ah, las frases siempre llevan a otra parte!».

¿Una poética de la gestualidad? Difícil describir eso, sobre todo cuando crees que has encontrado un estilo marcado por la imperfección. A cierta altura del camino no te queda sino asumir que son esas tus delimitadas habilidades, que es ahí, en tu propio patio

u hondonada, donde puedes intentar decir algo, afinar, procurar atemperar uno o dos tonos.

La *falta* impaciente de una escritura un poco demasiado *inmaterial*.

«Escribe en la periferia de su propio estilo, en el margen de sus propias capacidades». «Desde ahí inicia un rodeo que se *cifra* –casi gestualmente– como una investigación autoinducida, un itinerario que, paso a paso, es capaz de encontrar sus propios *motivos*». «Esos motivos, lo sabemos, no son oscuros, sólo permanecen ocultos y parece que adoptan este gesto para, precisamente, empujar o *motivar* una actitud o una *moral* de la indagación».

[1-4] La diseminación de las huellas es siempre manifiesta y declarada... sin embargo sólo se manifiesta en *la oscuridad*.

Edificio funcional: todo lo que este habrá de *contener*, lo que no deberá permitir que se le escape.

No desecho palabras (Canetti), apenas aspiro a no caer en los falsos *giros*, en los maniáticos, equívocos y enfáticos.

Descubrir un autor, leerlo y luego reconocer que ya no podemos, que ya no debemos seguir escribiendo como lo hacíamos antes de leer esa obra.

Reconoce que tu impulso ha sido leve, como una lenta, muy lenta e invisible marea. Has creído que tu empuje se ha asordinado, parece que pocas cosas le podrían sacar de la disolución, de sus equívocas trampas. Tanto peso y tanta belleza de existir, poco más puedo decir al respecto.

El sueño de la caligrafía: escribir bien sería hacerlo con buena letra. Un regalo para la vista y para el entendimiento. Con cosas de este tipo uno se puede permitir una momentánea y rotunda sonrisa.

Corregir, leer otras frases, frases de otros. Escribir una o dos frases y reconocer que ese mínimo gesto te ayuda a *respirar*.

Demasiado hablas sobre el ojo con el que miras el mundo: el ojo de la escritura.

Relaja la mano, deja fluir la mente; vendrán más cosas...

Voz: silenciosas y crudas meditaciones. [Incursiones que *entran* en el silencio].

Por un instante las letras parecen ser dibujadas, luego vuelven a ser la representación de las palabras que *salen* de tu mente.

Necesito una frase corta (para precisar), necesito una frase larga y fluida (para investigar un movimiento y un sentido).

El peso de los pájaros sobre las cimbreantes ramas de la palmera.

«La escritura solo da lo que da, que no es poco». «Pero usted sigue viendo una diferencia entre la escritura y la literatura, y no lo acabo de entender». «Yo tampoco, si le digo la verdad, yo tampoco, pero percibo que esa diferencia está ahí presente durante cada segundo de escritura».

Reflexiones esculpidas en el silencio, reflexiones que se saben productivamente *inútiles*, aunque puede ser que ese no sea el problema. Experimento aquella certeza ya comentada: escribo para saber qué sucede cuando no se escribe, o más bien, escribo para probar cierto uso del pensamiento que es imposible que se dé cuando no hay escritura.

Momentos en los cuales sólo la frase me permite *ver más allá*.

«La realidad no es misteriosa, no obstante su interpretación –a causa de su peculiar peso específico– a veces podría volverse críptica».

¿Qué es lo que nos obliga a hacernos preguntas extrañas, preguntas que en sí son una amenaza, pues muestran que no nos llevan a *nada*? Sin embargo, esas preguntas aparecen, están ahí.

Soy extraño: en el fondo me niego el placer –y el inconveniente: he ahí el problema– de *leer* y *escribir*. Me refiero a hacerlo en profundidad, entregando en ello todo mi interés, toda mi atención.

«Una y otra vez he de repetirme que el trabajo que tengo no es el peor de los trabajos».

No debe preocuparte la falta de unidad de estos apuntes [Canetti].

[7-2] Es más: tendría que reconocer, y dar las gracias, por tener el tipo de trabajo que a veces tengo...

El 82% de los españoles está hipotecado –con el consiguiente endeudamiento–. En esa decisión mayoritaria no dejo de ver una desesperación soterrada. Es como si esa mayoría hubiese aceptado –sin cuestionamiento alguno– el implacable imperativo de las leyes de mercado.

Interesante: un pueblo que incluye a un embaucador, a un implacable estafador en su mitología, desde luego ha adoptado ya muy pronto un oportuno «principio de realidad».

«No me acepto como soy, pero insisto en no hacer nada para dejar de ser como soy».

¿En qué consiste aquello acerca de lo cual de verdad sí sabemos hablar? ¿Qué es aquello de lo cual poco sabemos pero sobre lo que a veces sí es necesario hablar? (Se admiten más variantes).

¿Una caligrafía que ya no pertenece al tono de lo que yo podría llamar mi espíritu?

Ya lo sabemos: a veces el antihéroe es el fracasado, es aquel que realiza su «epifanía involuntaria» en un acuerdo profundo con las caóticas fuerzas de la realidad.

«Qué verso más malo, pero cuán cierto: "el inconfesado desastre del tiempo..."». «Discernir la implacable riqueza del desastre».

«... empecinamiento iluminador...».

Soñé que modelaba un trozo de hielo, le pasaba un cuchillo o espátula y me asombraba de que aquello tuviese la consistencia de la cera. Sentía un asombro extraño y placentero. De repente una voz me decía que ese era el Lente del Miedo.

«Me saca de quicio esa muda aceptación que todos tenemos, ese aceptar la indolencia con la que se ha de asumir todo. Esta sensación no reclama una mirada especialmente excepcional, solo es cuestión de ver cómo hacemos nuestras cosas, solo hay que ver cómo nos movemos por la calle».

Mi trabajo, tan peculiar y aislado, me ha mantenido en una actitud que socialmente parecería intolerable para alguien de mi edad: una cierta *inmadurez*.

Un leve malestar que se metamorfosea en un jodido estar siempre alerta.

La teoría del aficionado, la teoría del vampiro gaseoso y diferido.

Teoría de la anotación: todo es anotable, todo es *velable*.

Admirados, fascinados por la claridad. Aturdidos, «hechizados» por la abyección.

Anotaciones en hojas sueltas. Como si la escritura hubiera pasado a un estrato aún más distante e indescifrable.

El anotador intenta limpiar la frase como si ya desde el comienzo esta se presentara manchada o cubierta por una capa de realidad engañosamente indescifrable.

[8-5] Contrapeso: «... empecinamiento ofuscador...».

Un rostro que atraviesa la vida, un rostro iluminado por uno de sus lados mientras el otro se conserva en una sombra indiscernible, una sombra que no puede dar cuenta de su contenido y mucho menos definirse en su terrible, y a la vez ridícula, ausencia de luz.

La teoría del catador de tiempos. La teoría de quien ve cómo se escurre el tiempo.

«El dinero es una concreción "metafórica" de todo lo que se pierde». Pensamiento de asalariado o pálido autónomo. Saber que nos «embolan la perdiz», pero no obstante no hablamos de economía porque pensamos que es obvio; pero ¿de verdad lo es?

En lo breve también hay cierta oscura «vanidad». Ya aclararemos esto.

En medio de la confusión y el desatino, juego a la pulcritud, una pulcritud que juega al cumplimiento de una labor ausente.

«Solos ante el Universo y ciegos entre nosotros».

Cuesta deslizarse entre tanta «limpieza» (me refiero a este cuaderno).

[6-2] El peso de la tinta sobre la hoja.

¿Una escritura de efectos «dorsales»?

«Rehuyendo toda obviedad logró llegar al silencio».

[2-5] El abismado pensamiento que habría de llenar ese cuaderno.

«Sus convicciones acerca de la racionalidad le habían convencido de que esta podría llevarle a un *lugar* proclive al silencio. Le pareció que aunque esta fuese una consideración extraña no era ajena a lo que sentía de manera más radical y profunda: la amenaza de que comprenderlo *todo* podía empujarle al silencio».

Toda anotación que uno haga será inevitablemente contingente y condicionada a un sentido subyacente que no sabemos abarcar. La escritura, en este caso, apenas es una nariz que asoma de la compacta niebla, o tan sólo un dedo que surge de una fría charca.

¿Cuál es el más sensato *nivel* de legibilidad? ¿Un estilo que tan sólo dice bien y comprensiblemente aquello que se ha propuesto decir? ¿El que descubre su propia claridad, no sin antes haber sudado lo suyo?

¿Pánico o tan sólo recelo de ciertas resoluciones? Hay ciertas evidencias situacionales que llaman a entrar en el terreno de las decisiones, y estas, claro está, son resolutivamente implacables (o al menos pueden serlo), algo que nuestra idea de tranquilidad en ocasiones no está dispuesta a aceptar. Cambiar de este modo –es

lo que tenemos– puede llevarnos a lo mismo de siempre: «cambiar para que no cambie nada».

Un nerviosismo –o un lirismo, no está claro...– que rasca con sus garras el fondo de barro de un húmedo infierno.

Estas anotaciones *derivan* de un cuaderno a otro; ahora están alojadas en otro *lugar*. Túneles que conducen a otros túneles, mientras el trayecto cada vez se hace más estrecho.

Acres latidos que expulsa el tiempo. Lo que está claro es el silencioso relente de la muerte; sin embargo eso es lo único que está claro. (No sé por qué he escrito esta «oscura 'traslación'»).

[12-2] La condición de «estrechez» la relaciono con la obligación, con la necesidad y sus esclavitudes gregarias.

Nostalgia de todo. Como si al no lograr concentrarte se disparara una luz, la nostalgia de *todo*.

Un diario de *no* escribir. Extraña contradicción...

«Una escritura que solo da cuenta de su escasez». Más que un diario, páginas en las que se depositan ciertos sedimentos.

¿Por qué creer que puedes escribir? ¿Se trata de un hipo de vanidad autoafirmativa, un paseíto de la autoestima? No hacer otra cosa que ver la certeza de la escritura como si esta fuese la realidad aquella que late «al otro lado del espejo».

Me quedo un rato mirando las líneas en blanco, al final me doy cuenta de que sólo puedo escribir esto que ahora leo mientras lo escribo.

Contar algo, al fin de cuentas, es algo parecido a *la objetividad*. Declaración –o intuición inasible, pero no tan ambigua como parece.

[13-1] Supongamos que la madurez del escritor radica en saber trabajar a ambos lados del espejo.

Frases que, una tras otra, apuntan o fijan una misma y cabezona *deriva*.

La necesaria calma para poder «dar cuenta» de los gestos y, más importante aún, de su «fermentada» continuidad.

«No hay frase que con su "forma" no apunte que el hechor busca y busca, pero su búsqueda tiene un extraño peso, un peso autoasumido hasta un punto en que se torna algo artificial; es decir, es como si quien escribe esta frase hubiera asumido una rara y explícita cualidad en esa suerte de limitación».